

Fuente: RÁBADE, Sergio. *Método y pensamiento en la modernidad*. Madrid: Narcea, 1981, pp.29-33

## LA CONCIENCIA DE RUPTURA

DESCARTES, en una de las muchas, aunque imprecisas, referencias biográficas del Discurso, deja patente que, a pesar de su afanosa dedicación a la adquisición de los saberes que el curriculum de estudios le ofrecía en sus años escolares, nada más terminarlos, hubo de cambiar su actitud de interés hacia ellos.

Se encontraba en la embarazosa situación de llegar a pensar que, más que haber adquirido una seria instrucción, había llevado a cabo un progresivo descubrimiento de su ignorancia. AT,VI,4

Curiosa situación para un alumno aventajado que, según propia declaración, disfrutaba de la consideración intelectual de profesores y condiscípulos.

¿Qué sucede?

Sencillamente que, al menos, en buena medida, había dedicado su esfuerzo a aprender una cultura, un saber que YA NO era actual. Y tenemos que reparar que, por todos los indicios de que disponemos, la enseñanza en LA FELCHE no era una reliquia del mundo medieval. Debemos tener en cuenta que la Orden de los jesuitas es una orden renacentista que surge y se desarrolla en el espíritu de esa época. Pero es que también el Renacimiento es historia ya pasada.

Tampoco vale ya para la cultura dinámica del XVII sustituir la enteca enseñanza escolástica por un humanismo en proclividad de degeneración retórica, apenas compensada en centros como la Flèche por “concesiones” en favor de algunas disciplinas científica e incluso técnicas.

La cultura renacentista se ha agotado y se ha esterilizado convirtiéndose en cultura libresca y de disquisición textual. Y esto era también válido para la filosofía, donde la renovación y el auge de la Escolástica emanados de España no había servido de dique al estrepitoso derrumbamiento del aristotelismo tradicional.

La inquina de los humanistas contra ese aristotelismo se convirtió en ataque contra Aristóteles, sin suficiente discernimiento en muchos casos entre lo que era de Aristóteles y lo que a Aristóteles se atribuía.

Pero el humanismo no creó una filosofía consistente, con lo cual, al provocar la crisis del aristotelismo, provocó un auténtico vacío filosófico.

Por eso, el XVII va a tener clara conciencia de que hay que empezar de nuevo a hacer filosofía, renegando de o acaso desconocimiento en exceso el pasado. Pero esta era una actitud filosófica y personal y con ella hay que contar.

Hay, sin embargo, en esta conciencia de ruptura un factor histórico-ambiental que debe tenerse en cuenta.

Me refiero a la incidencia del escepticismo desencadenado en Europa occidental, muy especialmente en Francia.

El Renacimiento había supuesto una cierta liberación de las “autoridades”, de las religiosas con el luteranismo, y de las filosóficas con el rechazo del modo medieval de acatamiento de las “sentencias” de los autores consagrados.

La razón del hombre, aunque sea en un grado insatisfactorio para el hombre de nuestro siglo XI, queda entregada a sí misma. Y esa razón, dejada a sí misma, comienza a desconfiar de sí misma.

Si no olvidamos que las controversias teológico-religiosas ayudan a cuartear su seguridad, tenemos abiertas las compuertas del escepticismo. Pero la Europa del XVII, y muy especialmente Francia, estaban inaugurando una era de moderado optimismo, al

que apoyan la nueva ciencia, una incipiente técnica y un progresivo desarrollo económico.

Esa estabilidad “vital” era refractaria al escepticismo. Y aunque la filosofía vaya a remolque de la sociedad, también la filosofía debe dejar de ser escéptica. Y esta tarea no puede llevarla a cabo con la simple recuperación de un pasado, respeto del cual seguían conservando validez los ataques del humanismo renacentista.

Había que hacer el presente inventando el futuro.

Había que estrenar una edad nueva. Pero había que estrenarla tratando de evitar errores que volvieran a dar la razón a los muchos que aún seguían repitiendo los tópicos escépticos.

Esta conciencia de novedad, acompañada de una rígida actitud precautoria frente al error, es posiblemente la más clara manifestación de lo que hemos denominado CONCIENCIA DE RUPTURA. Y es también un factor que hemos de tener en cuenta para entender más de un perfil de los planteamientos metodológicos, ya que los métodos no apuntarán simplemente a lograr una corrección del pensamiento, sino LA VERDAD y LA CERTEZA.

Como dice Descartes, hay incluso que dejar a un lado “todos los conocimientos meramente probables, estableciendo que no hay que fiarse más que de lo perfectamente conocido y de lo que no sea posible dudar” AT,X,36s.

Es preferible, con idea de Descartes en la misma Regla II, saber pocas cosas con verdad y con certeza, que ambicionar saber muchas sin ese grado de perfección y seguridad.

En la misma línea, por citar otro ejemplo, estaría Spinoza, al poner como espoleta al imperativo de urgencia del método que purifique y cure el entendimiento, ut feliciter res absque errore, et quam optime intelligat DIE 6.....